

Ella

SOMBREROS ELEGANTES Y CALENTITOS

También de leopardo, esta gorra de visera en el estilo «chico» tan de moda actualmente. Como adorno, una cadenita dorada rodeando la copa.



Más que un sombrero, es un «pañuelo» atado en la nuca. La piel de leopardo, cortada en triángulo.



De piel de castor, un juvenil modelo «bretón». Se coloca hacia atrás, descubriendo las orejas.

LA piel tiene cada vez más aplicaciones. Aparece adornando el puño de un paraguas, rematando unos guantes, forrando botones... Y siempre pone, allí donde está, un detalle suntuoso y confortable.

Naturalmente, también se utiliza en la confección de sombreros, que resultan, además de elegantísimos, muy prácticos para este tiempo frío y ventoso.

Del abrigo de piel que luego fue chaquetón, más tarde cuello, y ahora un trozo que rueda por los cajones del armario, se puede hacer todavía algo; un sombrero.

Tal vez uno de estos cuatro modelos que ofrecemos a nuestras lectoras.



La suavidad, el brillo, la elegancia clásica del visón salvaje, destacan en este original y elegante sombrero de amplias alas vueltas hacia arriba y copa cónica.

EL AUTOMOVIL

ENTRE las muchas injusticias que se cometen en este mundo, hay una grandísima: la de hacer responsables de la mayor parte de las desavenencias matrimoniales al dinero, a las suegras y a las francesas rubias.

A los enamorados les tiene sin cuidado el dinero. Pueden ser perfectamente felices sin más fortuna que un par de cajones donde sembrarse y otro donde colocar el pan y la cebolla que va a servirles de almuerzo.

Las suegras, condenadas desde hace tanto tiempo a soportar el fardo de las más infundadas acusaciones, tampoco tienen por qué aceptarlas. Que le calga a uno una suegra insuportable entra en el terreno de lo posible; pero no es, en absoluto, una regla general. También puede ocurrir, y ocurre, que sea una ayuda, una compañía, una parte de las más encantadoras de la familia.

En cuanto a las francesas rubias sucede algo parecido. Francia, país burgués y ordenado por excelencia, debe luchar contra la influencia de una literatura nacida a la sombra de ciertos lugares de diversión parisinos y del prejuicio que da por sentado que, si una mujer sabe vestirse y maquillarse con arte, seduce inmediatamente al hombre más templado. No es por quitar mérito a las francesas;

pero en punto a destruir hogares puede ser tan eficaz, o más, cualquier chiquita uédica sin un gramo de pintura en la cara y con el aire más pasteurizado del mundo.

¿Quién, entonces, debe llevar con justicia el sambenito de descomponedor de matrimonios? Si se nos permite una modesta opinión, diremos que el automóvil.

Esa máquina tan moderna, tan útil, tan cromada y pintadita de verde, es un pequeño mayor de lo que parece. Porque no sólo nos lanza inopinadamente por un barranco o nos da tres vueltas en el aire como un artista de circo, sino que es causa de múltiples disgustos conyugales.

Veamos qué ocurre cuando marido y mujer salen a dar un paseo en coche. Si los dos saben conducir, cosa que ahora es frecuente, ya de entrada se plantea el primer conflicto.

El marido, sin proponer opción alguna, se sienta al volante como si los señores Peugeot, Citroën y Ford lo hubieran creado para su exclusivo uso. Cosa que no deja de ser un poco humillante para la esposa que, a lo mejor, conduce como Panglo. (¿Alguna habrá, ¿no?)

Este consueño, con un ligero resquemor por medio, no augura nada bueno. Pero pongámonos en el caso de que la mujer no pueda decir ni lo que es un embra-

INVIERNO: BOTAS

La mayoría de las modas aparecen, entusiasman y pasan después sin haber dejado el menor rastro de su efímero esplendor.

Y casi siempre, reconozcámoslo, hay fundados motivos para que sea así. Porque, ¿quién piensa con nostalgia en la línea «saco»? ¿Quién lamenta la desaparición de los zapatos de suela alta que hacían de cada mujer una coja por gusto? ¿Quién desearía que volviesen los peinados con «crepe», las hombreras, los polvos blancos o las faldas hasta el tobillo?

Nadie. A pesar de que cuando estos horrores tuvieron su momento fueron aceptados con docilidad, hoy se los recuerda con risitas divertidas y comentarios despectivos.

Pero hay modas que no deberían pasar. Son aquellas que suponen el descubrimiento de algo realmente práctico o bonito.

Las botas, por ejemplo, empezaron a llevarse porque eran un calzado original y elegante. Ahora, después de usarlas, sabemos que además de esas virtudes tienen otras inapreciables. Nos preservan del frío, de la humedad, de la lluvia y la nieve. Pueden ser tan confortables como unas pantuflas de andar por casa y,



sin embargo, acompañan el conjunto más «chic» sin desentonar.

La invención de los diseñadores de botas abarca todos los estilos, todas las materias, todos los fines. Escogidas con acierto, favorecen lo mismo a una pierna gordita que a una flaca; a una mujer alta o pequeña.

Pueden ser completamente «sport» o muy de vestir, como las realizadas últimamente en París con pieles doradas y plateadas; llegar hasta la rodilla, y aun sobrepasarla, o quedarse discretamente a la altura del tobillo.

Admiten diversos anchos y alturas de tacón y detalles de fantasía como pespunte en color contrastante, aplicaciones de piel, de metal, botones, etc.

Las botas, como los vestidos camiseros, los trajes de chaqueta, los «fourreaux» negros y algunos otros «clásicos» del guardarropa, merecen que se las preserve de las mudanzas de la moda. Son demasiado elegantes, demasiado cómodas, para que renunciemos a ellas sin sentimiento.

SE HA RESUELTO EL PROBLEMA DE LOS PIES DELICADOS EN LAS SEÑORAS

Nada hay que tanto atormentara a las señoras como el tener los pies delicados, y este problema se convierte en martirio cuando, a la hora de salir a la calle, tienen necesidad de ponerse los zapatos. Entonces, el paseo se convierte en un penoso caminar. Sin embargo, para que este paseo se traduzca en una incomparable satisfacción de felicidad, para que sea un verdadero placer, la fábrica de Calzados Curapiés, que son una auténtica solución para los pies delicados.

En nuestra visita realizada a las instalaciones de la fábrica, hemos podido apreciar el esfuerzo técnico, de sólido crédito nacional y que cimentado con el prestigio de su marca, ha logrado conseguir los modelos de zapatos Curapiés, que resuelven el problema tan importante como el de los pies delicados en las señoras.

PUBLIDIFUSION

Y LA PAZ CONYUGAL

que, aparte de que es una palabra feísima. Le tendrá sin cuidado el gobierno del coche, pero volverá hacia ella el espejo retrovisor para echar una mirada a su nuevo peinado línea «Charme».

El marido, irritado, le dice que por qué no se está quieta y ella responde que, total, no cuesta tanto trabajo volver el espejo a su colocación primitiva.

Puntos de vista que se pueden discutir y que, en efecto, se discuten vivaamente. Casi nunca hay acuerdo.

Luego se llega a un paso de peatones. La esposa advierte que el marido no se pone en marcha, a pesar de que el semáforo ha cambiado, y que tiene la cabeza vuelta hacia otro coche conducido por una jovencita — ¡también es mala suerte! — que parece una hermana gemela de la Bardot.

La esposa, molesta, dice: —Si no estuvieras mirando lo que no debes, sabrías que tienes el paso libre. —No miro a ningún sitio.

—Al semáforo no, desde luego.

—¡Claro que sí! Pero estaba rojo.

—Verde.

—Rojo.

—Verde, desde hace lo menos media hora.

El taxon de los que están detrás interviene en la discusión.

—¡Ves? —dice ella, triunfante—. Si hubiera arrancado al cambiar la luz, esos no protestarían.

—¡No he arrancado porque te has puesto a decir tonterías!

—¡Yomierías ya?

Ahora también se discute, pero en marcha. Y eso ya es una ventaja para los demás, aunque no para el matrimonio. El conductor, nervioso, se salta una luz roja.

Un agente, amabilísimo — ¡lo que consuela que le pongan a uno una multa empezando con un sonriente «buenos días» —, impone la multa correspondiente.

—¡Claro! —exclama el marido, después de haber pagado—. Si no me pusieras los nervios de punta...

—Eso es: échame la culpa a mí... Lo que pasa es que no conduces tan bien como crees... Si tuvieras el valor de reconocerlo...

Pueden ocurrir dos cosas: que la mujer hable sólo por molestar y su marido sea un as del volante, o que ella esté en lo cierto y él tenga del arte de conducir una idea tan vaga como de lo que es el papimento. En cualquier caso cometerá un tremendo error si deja escapar tal frase.

El hombre más equilibrado, el más humilde, el más capaz de admitir una crítica sobre su trabajo, su físico o su ca-

ácter, rechazará coléricamente cualquier comentario poco elogioso acerca de su manera de guiar un coche.

Pero el error se ha cometido y la tensión nerviosa, al mismo tiempo que la velocidad, aumentan. La esposa, ahora, comete otra equivocación. Dice:

—Vas muy de prisa.

—Yo sé cuándo puedo ir de prisa y cuándo no.

Si ella es juiciosa se abstendrá de pedir más precisiones acerca de este punto porque, de cualquier modo, jamás llegará a saber cuándo no se puede correr.

Lo mejor que puede hacer es guardarse sus sudores, no proferir exclamaciones de terror cada vez que se toma una curva, no dar la lata con recomendaciones y consejos que no se le piden, no criticar la manera de conducir de su marido.

Esto se nos ocurre sugerir a las mujeres que deseen mantener la paz conyugal. A los hombres, con el mismo fin, les sugerimos otra fórmula ideal: ¡Por qué, en lugar de un coche, no compra usted un abrigo de visón?

Tenemos la seguridad de que sería una idea buenisísima... aunque ya no es tan seguro que se nos escuche. Los hombres son tan suyos...

C. V. V.